La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 24 de agosto de 1908 — Núm. 1.391

TRES GENERACIONES DE LA REALEZA EN INGLATERRA

EDUARDO VII DE INGLATERRA, SU HIJO EL PRÍNCIPE DE GALES Y SU NIETO EL PRÍNCIPE EDUARDO

Fotografía de «World's Graphic Press» tomada recientemente á bordo del yate real en Cowes (isla de Wight.)

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á nuestros subscriptores el tercer tomo de la presente serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ISABEL II, ÍNTIMA

apuntes históricos y anecdóticos de la vida y de la época de esta reina española, escritos por el erudito cronista D. Carlos Cambronero, jefe de la Biblioteca Municipal de Madrid, é ilustrados con interesantísimas reproducciones de cuadros, estampas y grabados de la época existentes en los Museos y colecciones particulares.

Texto.— *De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. – *Los dos tesoros*, cuento de Emilio Solar. – *Las playas de moda. Trouville.* – *Tolón. Entierro de las víctimas de la explosión en «La Couronne.»* – *Cronberg.* – *Entrevista de Eduardo VII y Guillermo II.* – *Viaje de S. M. la reina Victoria de España.* – *El aeroplano «Wright.»* – *El marqués de Rudini.* – *Problema de ajedrez.* – *El heredero*, novela ilustrada (continuación). – *La expedición de Charcot al Polo Sur.* – Libros enviados á esta Redacción.

Grabados.—*Eduardo VII de Inglaterra, su hijo el príncipe de Gales y su nieto el príncipe Eduardo.* – Dibujo de Sardá que ilustra el cuento *Los dos tesoros.* – *Horas plácidas*, cuadro de V. Corcos. – *Las playas de moda. Trouville Deauville (Francia).* – *Tolón. Entierro de las víctimas de la explosión en «La Couronne.»* – *Entrevista del rey Eduardo VII y del emperador Guillermo II.* – *S. M. la reina Victoria de España en Dover y en París.* – *Retrato de la Sra. T.*, pintado por Oscar Bjorck. – *Retrato*, pintado por Arón Gerle. – *Salvamento de náufragos*, cuadro de Miguel Ancher. – *El reloj*, cuadro de Osvaldo Grill. – *Retrato de la Sra. Hunter*, pintado por Juan S. Sargent. – *En el taller del retratista*, cuadro de Alberto de Keller. – *Mr. Wilbur Wright y su aeroplano.* – *El marqués de Rudini.* – *El doctor Juan Charcot, su estado mayor y el «Porquoi-Pas?»* – *La esposa y la hija del doctor Charcot.* – *El centenario de Daumier en Valmondois.*

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

La dispersión del veraneo se hace visible cada año con mayor intensidad y es difícil asegurar cuál de las dos poblaciones, Madrid ó Barcelona, rinde actualmente mayor tributo á la costumbre. Claro que en Madrid la ausencia de la corte y las vacaciones parlamentarias producen el efecto del mutismo y de la soledad, alejando á la parte más vistosa de los habitantes de la coronada villa, es decir, aquel grupo que se da constantemente en espectáculo al forastero y que sostiene la animación exterior de las calles, de los cafés y de las diversiones públicas.

No es posible que en Barcelona suceda otro tanto, así por carecer de aquellos elementos, como por la índole misma de su trabajo comercial y mercantil, que no permiten interrupción y que exigen la presencia continua de un personal numeroso, el cual para satisfacer sus ansias de expansión debe acudir á soluciones intermedias: al veraneo en sitio próximo, en pueblecillos colocados sobre las líneas férreas ó en alguna *torre* de los inmensos y variados suburbios de la capital. No quiere esto decir que no haya mucha gente que aproveche la estación para un viaje por el extranjero ó que acuda á sitios lejanos y semiincomunicados con Barcelona, cortando por uno ó dos meses sus amarras, en un descanso absoluto.

Lo que hay todavía de bienhechor en el veraneo de los barceloneses es el tratarse de un veraneo más real y positivo que el de «buen tono.» Desparramándose las colonias estivales por pueblos verdaderamente agrestes, por el Pirineo y la costa de Levante, donde no han puesto su mano las compañías explotadoras de atracciones y «recreos,» donde no hay gran casino, ni ruleta, ni *croupiers*, ni servicio para la recogida silenciosa de suicidas, el tiempo se aprovecha mucho mejor para el cuerpo y para el alma. La higiene, el verdadero amor de la naturaleza y el excursionismo bien orientado prevalecen aquí, por fortuna, sobre las insoportables rutinas de la moda, que no hace otra cosa que trasladarse de población y buscar la vecindad del mar para volverle la espalda ó un aire y un sol más benigno para consumir todas las horas bajo la luz artificial de las mesas de juego.

El excursionismo—según llevo insinuado con anterioridad—ha sido una de las pasiones más nobles y sanas de cuantas ha despertado el renacimiento de Cataluña. De ella han beneficiado la salud de la raza, la pureza de las costumbres, el sentido de la naturaleza, el conocimiento de la región explorada ahora palmo á palmo, el respeto de las antigüedades, la emoción histórica. Por ella la gente se ha identificado con el territorio y ha conocido sus riquezas latentes ó no explotadas todavía. Por ella, al llegar la hora del retorno, á mediados de septiembre ó principios de octubre, regresan con el rostro curtido y los músculos llenos de fortaleza y agilidad muchos de sus adeptos, trayendo repleta la caja de clisés, con la satisfacción muchas veces de haber sorprendido un panorama inédito, una flor no clasificada, una inscripción desconocida, un sendero no fijado en los mapas estratégicos.

No consintamos, pues, que una falsa elegancia desnaturalice esa verdadera aproximación de la ciudad al campo y á la montaña. Consérvese esta nota original, este sentido ampliamente educativo y pedagógico del veraneo, sin campanillas, ni revisteros, ni instantáneas de semanario en las playas de explotación de la buena sociedad, donde más bien se representa la comedia del fastidio ó la tragedia de la desesperación disimulada, que se restaura el organismo con las brisas del mar ó con el aire y la luz de las alturas, siempre agradecidos y pródigos para con quienes de veras van á buscarlos.

***

El famoso proceso de Juan Rull y su familia y cómplices, tuvo su tristísimo desenlace el día 8 del actual. Aunque esperado este desenlace, sorprendió por la reserva con que fueron transmitidas las órdenes, de suerte que no vino á conocerlas el público sino algunas horas después de haber sido puesto el reo en capilla.

Yo no sé cómo viviría la gente en las épocas en que el derecho penal era terrorista é implacable, cuando no pasaba semana sin que alguna pena de muerte, de mutilación, de azotes, de vergüenza pública, se cumpliera en las calles ó plazas de la ciudad. Seguramente la vista de los suplicios y su frecuencia habían embotado la sensibilidad humana, dejándola impasible ante toda emoción, incluso la más horripilante y violenta. Una falsa interpretación histórica nos lleva á presumir que la existencia sería entonces una pesadilla lúgubre, una continua exasperación de los nervios, y que tales escenas infiltrarían en la sociedad un humor desesperado y sombrío. No comprendemos cómo podía contemplarse el espectáculo de tantos infelices á quienes señaló la mano del verdugo: mancos, desnarigados, desorejados, marcados por hierro candente, hampa del crimen, siniestra procesión de espectros abominables... Y sin embargo, la sociedad era poco más ó menos como ahora; y más agitaba sus entrañas la risa plena y sonora de un Arcipreste de Hita, de un Rabelais, que los terrores *à posteriori* imaginados por los románticos.

La ejecución de una pena capital deja actualmente en la atmósfera cierta tristeza antes desconocida, cuando esa pena terrible é irreparable se prodigaba. Y esto, no por consideración al caso concreto, á la duda ó vacilación que pueda quedar en los ánimos acerca de la culpabilidad de un reo ó acerca de la falibilidad inevitable de los humanos juicios. Semejante tristeza va anexa á la ejecución en sí misma, con independencia de todo juicio circunstancial. No es *aquel* caso el que hace meditar al hombre, sino todos los casos. El día se vuelve aciago, la luz parece enlutarse, el espíritu se enturbia y se diría que en tales horas, sobre la población donde se levanta el patíbulo, cae una sombra mortal que lo envuelve todo, que llega á todos los rincones de las plazas, de las viviendas y de los espíritus. Diríase que nada grande ni equilibrado puede nacer ó concebirse en aquellas horas, propicias tan sólo al aborto ó al engendro de monstruosas quimeras. ¿No es verdad, lector, que es esto lo que flota en el aire un día tristísimo de pena capital?

***

Para que nada faltase al 8 de agosto, una bomba estalló en la *golondrina* n.° 3, de las que se dedican al servicio de viajeros entre el muelle de la Paz y la Barceloneta. El estampido puso un solemne punto final á la fúnebre jornada y resonó sobre el recogimiento pensativo de Barcelona. En tal día, sólo cinco horas después de haber expirado Rull, cuando todavía sus despojos yertos no habían sido retirados del cadalso, esta explosión dió más que pensar y cavilar, si cabe, que todas las anteriores, con haberse perdido ya la cuenta de ellas y haberse apurado las hipótesis, los cálculos, las pesquisas...

Lo que no hace Barcelona es entregarse al pánico; eso no. Ha comprendido admirablemente que el pánico es el objetivo y el deseo de los terroristas y que, admitiéndolo y dándole materia, colaboraría del modo más eficaz en los planes de los enemigos de esta urbe. Así que las «golondrinas» han continuado prestando su servicio como si tal cosa y todas las tardes se ven llenas de la pintoresca concurrencia que se dirige al Astillero para tomar baños ó recrearse en las escenas de la playa y en las terrazas de los improvisados cafés y merenderos. Mujeres, niños y niñas, trabajadores, gentes de toda laya y condición, acuden al vaporcito con su maletín de baño ó su cesta de merienda y ocupan el mismo vaporcito y se sientan en el mismo banco debajo del cual fué depositado por un cobarde asesino el último aparato de destrucción.

***

Aunque no tan de prisa como desean generalmente los que ven los toros desde la barrera, esto es, los espectadores pasivos que no ponen las manos en la masa y no conocen la red de obstáculos con que tropieza todo proyecto; á pesar de esa relativa lentitud, continúan los derribos de la Reforma, de suerte que el boquete abierto en el macizo de las viejas manzanas barcelonesas empieza á ser formidable.

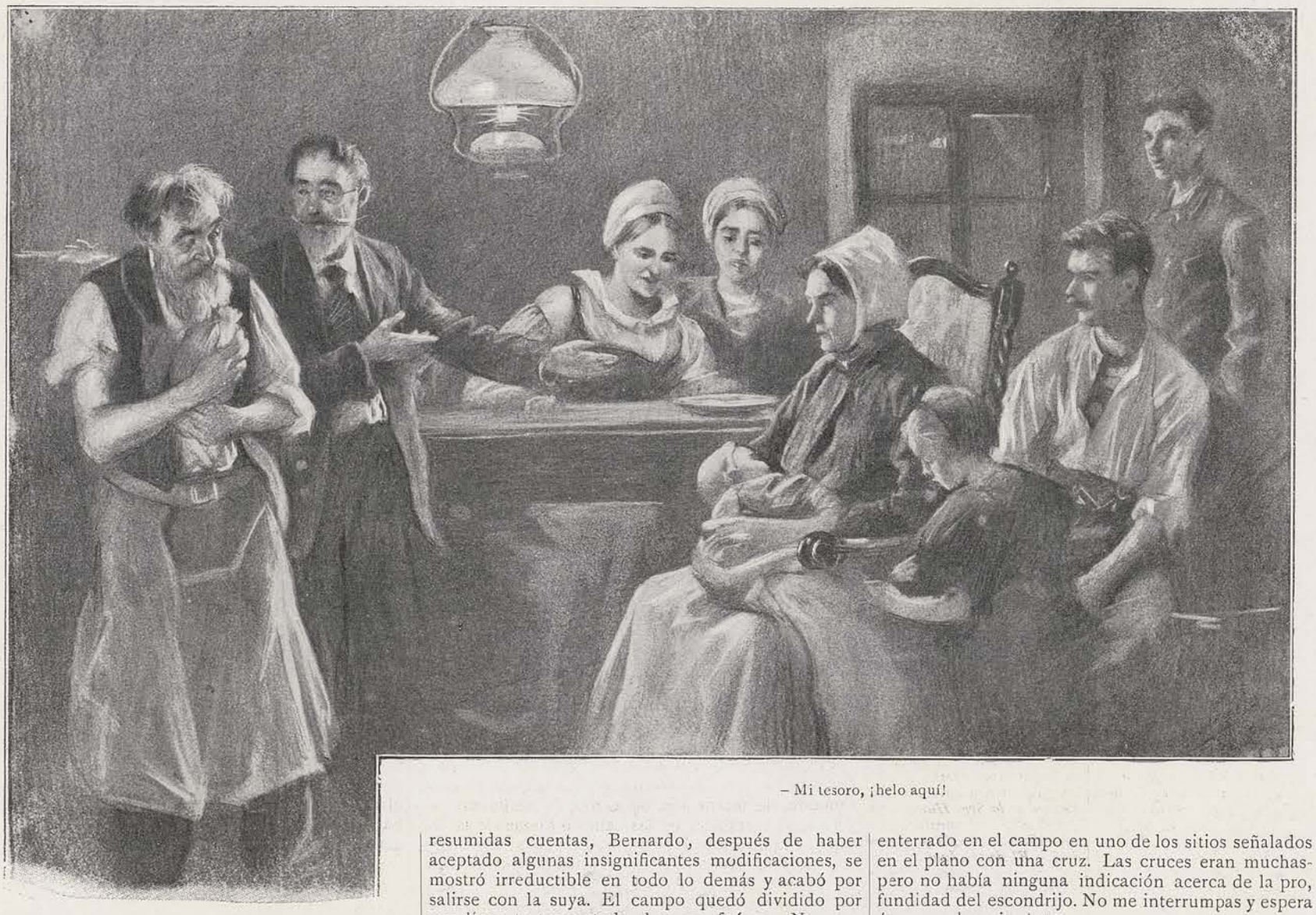
El peón armado de su piqueta trabaja con rapidez extraordinaria. Una vez que la brigada puede poner el pie en un edificio, diríase que todo es cosa de magia, y como coser y cantar. Los tejados desaparecen, las puertas son arrancadas de sus quicios, caen tabiques, queda al descubierto toda la interior armazón de la casa, y en pocos días no aparece á la vista del transeunte más que el solar y algunos montones de escombros.

Mas para penetrar en aquel edificio ha sido necesaria una larga preparación documental. El notario, el registrador, el consejo de familia de los menores, el abogado, los peritos, un montón de escrituras y papeles, ¿qué sé yo?, todo ha tenido que ponerse en actividad y zarandeo, empleando cuatro, cinco, seis meses, un año, antes de hacer posible un derribo que se realiza materialmente en menos de una semana.

Los barceloneses de pura sangre siguen las vicisitudes y progresos de la Reforma con una asiduidad que tiene algo de filial y piadoso. Pasan y vuelven á pasar, día tras día, por los barrios sujetos á la nueva apertura de calles, y renuevan impresiones de la infancia, recuerdos de días felices ó de antiguas emociones dormidas en los fondos de la memoria. Así, el Ayuntamiento, al convocar el concurso de dibujos y fotografías cuya Exposición acaba de tener lugar, ha cumplido un deber casi religioso diríamos y ha dedicado unas solemnes exequias á esos interesantísimos despojos de la vieja ciudad cuya mutilación se ha hecho inexorablemente necesaria. La cámara fotográfica ha hecho maravillas, reproduciendo conjuntos, tejados, panoramas á vista de pájaro, escudos, ventanas, capiteles. La colección ó colecciones obtenidas revisten el mayor interés, pero éste no supera ciertamente al de los dibujos presentados por Baixeras y por Urgell. El objetivo de la máquina fotográfica no sabe lo que le gusta al hombre de cada cosa, no ve las cosas como las ve el hombre, ni pone en ellas todo lo que nosotros ponemos. La imagen ha de pasar á través de una emoción y de un temperamento para que se resuelva en arte y en poesía. Esto es lo que han conseguido los dos notables artistas, con sus respectivas colecciones, con sus respectivas interpretaciones de la realidad y del tema propuesto: poniendo Baixeras en sus carbones, no sólo la silueta de los edificios y las calles, sino la vida completa, el fenómeno de la vida menestral y atareada á que servían de fondo; substrayéndose Urgell al bullicio y á la presencia del hombre para no interesarse más que por los edificios, entregados á una quietud solemne, romántica, misantrópica... En realidad, el esfuerzo de los dos maestros y la iniciativa y cuidados de la corporación municipal para legar á las futuras generaciones esa proyección de la Barcelona que fué sobre la Barcelona que vendrá..., todo eso tendrá que hablar muy alto en favor de esta época, que nos complacemos en vilipendiar y calumniar á cada instante, sólo porque nos ha correspondido vivirla, sin parar mientes en otros tiempos mucho peores, aunque bastante próximos á nosotros.

MIGUEL S. OLIVER.

LOS DOS TESOROS (1), CUENTO DE EMILIO SOLAR. Dibujo de Sardá.



— Mi tesoro, ¡helo aquí!

Mientras duraron las operaciones de la división de bienes que les dejara su tío, surgieron mil desavenencias entre los dos primos Bernardo y Numa Champblen, porque si bien uno de ellos, Numa, tenía un carácter pacífico, en cambio el otro, Bernardo, formuló tales exigencias y pidió tantas cosas, que más de una vez hubo materia sobrada de discusión.

Los bienes que debían repartirse consistían únicamente en un vasto terreno situado á la salida de la población y tan descuidado, en cuanto á cultivo, durante los últimos años, que más que un campo parecía un junglar. Las hierbas lo habían invadido todo y multitud de hortalizas que se habían reproducido espontáneamente y que aparecían altas, retorcidas, vueltas á su estado salvaje, extendían por todos lados sus tallos y sus hojas vigorosas, desarrolladas con toda libertad, pero impropias para todo uso alimenticio.

A primera vista, la división en dos partes de aquel terreno no ofrecía dificultad alguna, pues bastaba para hacerlo trazar en el centro y en dirección de Norte á Sur una línea á cordel, desde el momento en que todo el campo tenía la misma pendiente, la misma orientación é igual clase de tierra. La misma naturaleza parecía haberse prestado complaciente á que la división se efectuara con toda facilidad, ya que de un extremo á otro de la finca corría un arroyo de cuyas aguas arrancaba la luz reflejos de color de acero y de plata; el cual arroyo atravesaba el terreno casi en línea recta y á igual distancia de las dos zanjas llenas de hierba que formaban las lindes por el Este y por el Oeste.

Bernardo exigía ese trozo y aquel otro; despreciaba el arroyo; pero, en cambio, quería tres de los cuatro ángulos, consintiendo, sin embargo, en que el tercero estuviese aislado del resto de su lote; y trazaba un plano tan extravagante de la repartición, tal como él la concebía, que al fin Numa se rebeló y trató de hacerle desistir de sus absurdos proyectos. En resumidas cuentas, Bernardo, después de haber aceptado algunas insignificantes modificaciones, se mostró irreductible en todo lo demás y acabó por salirse con la suya. El campo quedó dividido por una línea tortuosa; todo el arroyo fué para Numa, y los tres ángulos tan codiciados fueron de propiedad de su primo.

Lo que más intrigó á los habitantes del pueblo, que en seguida estuvieron al corriente de la contienda, fué que Bernardo no quiso dar ninguna explicación del porqué de sus exigencias. Y así que entró en posesión de la herencia inmueble y de una veintena de miles de francos líquidos que á ella se juntaba, mandó cerrar la propiedad con un muro, construyóse él mismo una vivienda sencillísima, de paredes de ladrillo y compuesta de una sola pieza con una puerta y una ventana, trasladó á ella los pocos muebles que poseía y se encerró en su casa.

Numa, por su parte, hizo rodear su lote de fuertes vallas; pero no tuvo necesidad de construirse habitación, porque la suya estaba contigua á la pequeña finca heredada, limitándose á abrir en la pared una puerta por la cual salía á su campo.

La cantidad de dinero que le había correspondido y que era mucho menor que la de su primo, por haberlo así dispuesto el testador, se consumió casi toda en la valla y en las primeras contribuciones, de modo que apenas quedaron de ella tres ó cuatrocientos francos, que Numa Champblen guardó cuidadosamente. Hecho lo cual púsose de nuevo á trabajar.

A la semana siguiente de su doble instalación, Numa oyó una noche dos golpes discretos que alguien daba á su puerta; abrió, reconoció en el visitante á su primo Bernardo, y aunque no estaba en muy buenas relaciones con él, invitóle cortésmente á que entrase, le hizo sentar y le ofreció un vaso de sidra.

Bebió un trago de sidra y prosiguió:

—Entre los papeles de nuestro tío, encontré dos libros que me entretuve en hojear por si dentro de ellos había algo, y de uno cayó un papel doblado, viejo y amarillo, en el cual había un plano en el que reconocí desde luego el terreno que debíamos repartirnos.

—¿Y aquel papel te inspiró tus luminosas ideas?

—Sí, pero no por lo que imaginas. El papel tenía en el dorso una inscripción escrita con tinta y fechada en el siglo pasado, según la cual existía un tesoro enterrado en el campo en uno de los sitios señalados en el plano con una cruz. Las cruces eran muchas, pero no había ninguna indicación acerca de la profundidad del escondrijo. No me interrumpas y espera á que acabe mi relato.

El primo Bernardo apuró el contenido de su vaso y continuó diciendo:

—Añadía la inscripción que el primogénito de la familia, de nuestra familia, sería el único que tendría el derecho de buscar el tesoro; y como el primogénito era yo, no tuve ningún escrúpulo. Pero para ello era preciso obtener, sin descubrir nada, las porciones del terreno que encerraban la fortuna.

Numa, hombre práctico y de recto sentido, miró á su primo y vió que hablaba seriamente.

—¿Y has encontrado ya el tesoro?, preguntó.

—No, pero desde mañana lo buscaré. Por esto he querido exponerte la situación para que no me creyeras loco.

—¿Y por qué no me dijiste todo esto antes?, replicó Numa soltando la carcajada. Como yo no creo en los tesoros, te habría cedido sin discusión todo lo que hubieses querido. Los tesoros, Bernardo...

Y sin acabar la frase hizo un gesto de duda que encolerizó á su primo.

—¡Tan imbécil me crees!, exclamó éste. ¿Puedes suponer que iba yo á dar crédito á un cuento de bromista? No, nada de esto; pero estoy absolutamente seguro de la existencia del tesoro y lo encontraré.

—Encuéntralo.

—Ya lo creo que daré con él. La envidia te hace hablar así; pero cuando lo haya descubierto vendré á enseñártelo y entonces veremos quién será el que se ría.

Dicho esto, marchóse furioso dando un portazo, y Numa, regocijado, oyó el ruido de sus pasos que se perdían en el rumor de un viento invernal que se había desencadenado prematuramente en aquel mes de octubre.

***

Numa, para ganarse la vida, fabricaba, valiéndose de una fórmula secreta, jabón oloroso para uso de damas y señoritas; sabía comprar materiales escogidos, transformar el aceite y los cristales en suaves pastillas de lindos colores y delicados perfumes. Sus jabones eran inimitables y sus clientes no habrían

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des Gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

gastado otros por nada del mundo; unos, de un color verde obscuro, desprendían los aromas del espliego y del tomillo; otros, rosados ó amarillos, tenían los olores dulces de las flores abiertas; los había blancos que olían á iris de Florencia, y morados que difundían el perfume de las modestas florecillas que crecen en los claros de los bosques.

A Numa no le gustaban el almizcle ni los demás olores fuertes, así es que sólo los empleaba cuando se lo encargaban especialmente. Sabía ofrecer tan bien su mercancía y en la reducida estancia que daba á la carretera y le servía de tienda hallaba la gente tan buena acogida, que la venta aumentaba de día en día y era cada vez más remuneradora.

La cuestión del terreno, al mismo tiempo que le sirvió algo de reclamo y le valió la visita de lindas curiosas, permitióle ensanchar su laboratorio, y al propio tiempo le hizo concebir la idea de montar, con los pocos centenares de francos que le quedaban, un modesto depósito de sus productos en el centro de la ciudad vecina. El ensayo dió buen resultado y la fabricación pronto fué en aumento, hasta el punto de hacer indispensable el empleo de un ayudante.

En el entretanto, el primo Bernardo buscaba el tesoro. Algunas veces, durante la primavera, mientras descansaba en su jardín contemplando cómo apuntaba en el firmamento el oro pálido de las primeras estrellas, oía Numa, al otro lado de la pared, golpes de pico y de azada. Y lo mismo sucedía por las mañanas. Ocho meses hacía que Bernardo revolvía la tierra de su campo sin encontrar nada, y aunque había llegado á ser el hazmerreir de la comarca, no se preocupaba de ello, atento únicamente á sus investigaciones; no salía más que para renovar sus provisiones y trabajaba como un condenado.

Numa, cuyos negocios prosperaban, respiraba deliciosamente, según las horas, el aire embalsamado de la mañana ó el viento tibio de la noche, trabajando con entusiasmo y acostándose con el espíritu y la conciencia tranquilos.

Entre sus clientes habíase fijado el jabonero de un modo especial en una joven cuya historia conocía. Huérfana desde hacía muchos años, vivía allí cerca con un hermano cojo que apenas ganaba la mitad de lo indispensable para su sustento; pero María, que así se llamaba, suplía esta deficiencia y aun hallaba manera, sin descuidar el manejo de la casa, limpia como una tacita de plata, de procurarse con la aguja los recursos que faltaban. A pesar de todo, su pobreza era extremada, y por esto iba muy contadas veces á la tienda de Numa y siempre escogía las pastillas más pequeñas y más baratas, que aquél le cedía con alguna rebaja.

María respiraba salud y bondad.

Un día el jabonero le dijo resueltamente:

—¿Qué diría usted si yo la pidiese en matrimonio?

—¡Pero si no tengo nada!

—Tiene usted veinte años. ¿Me cree usted rico?

—No puedo abandonar á mi hermano cojo.

—Vendría á vivir con nosotros ó, mejor aún, se quedaría en su casita y yo le proporcionaría trabajo.

—¿Habla usted formalmente?

Formalmente hablaba y lo demostró casándose seis meses después con María, á pesar de la falta de dote y de la cojera del hermano.

Y apenas casado, díjole para tranquilizarla:

—La verdad es que te necesitaba; mi clientela aumenta de día en día y dos brazos más no me vendrán mal.

Al mismo tiempo, Numa hacía cultivar su campo, y más adelante utilizó una parte del mismo para construir una pequeña fábrica; el arroyo proporcionó la fuerza motriz y sus aguas transparentes espumáronse en la rueda que á su impulso se movía.

Pasaron años y en la casa del jabonero nacieron hijos que llevaron á ella alegrías y cuidados. Pronto hubo cuatro, niños y niñas, cuyos retozos regocijaban el jardín; Numa y su mujer fabricaban, vendían y vigilaban.

Y al otro lado de la pared, el primo seguía excavando sin cansarse. Y excavó por espacio de veinte años, comiéndose poco á poco todo el dinero que había heredado. Flaco, seco, huraño, hirsuto, obstinábase en su labor con una especie de locura; para mejor guardarse había comprado dos feroces perros de presa que durante la noche ladraban en el cercado del tesoro; y cuando pasaba por las calles parecía el espectro de un viejo avaro.

En casa de Numa se hacían necesarias nuevas instalaciones. La explotación producía pingües beneficios; pero el jabonero, á quien habían nacido nuevos hijos, no amontonaba las riquezas, sino que daba una buena educación á su prole, era generoso y servicial y pagaba muy bien á sus obreros. La fábrica, ensanchada, funcionaba día y noche bajo el esfuerzo de sus ruedas hidráulicas, y las pastillas de jabón, hechas siempre según las mismas excelentes fórmulas, perfumaban todas las comarcas vecinas.

Una noche, después de una jornada de mucho trabajo, cenaba Numa con toda su familia. Al terminar la cena, abrióse la puerta bruscamente, y el jabonero notó que los perros del cercado contiguo, que habían estado ladrando furiosamente durante todo el día, de repente se callaban.

En el umbral de la puerta apareció el primo Bernardo, presa de una alegría terrible y mostrando un saco de cuero. Dió tres pasos, y poniendo brutalmente su botín sobre la mesa, en medio de los platos, exclamó:

—¡El tesoro! ¡He aquí el tesoro! ¡Ya es mío! Y ahora dime, ¿soy un loco?

Los comensales, asustados, miraban sucesivamente á aquel hombre y las monedas esparcidas sobre el cuero basto. Había allí una cantidad muy considerable; el oro, apenas empañado por la acción del tiempo, despedía aún reflejos amarillos, y entre las monedas veíanse joyas, cuyas piedras lanzaban brillantes destellos.

Numa fijó su mirada en el botín y luego en sus hijos. Eran éstos tres, dos ya mayores, hombres robustos, de rostros francos, y otro pequeño que comenzaba á hablar y jugaba sentado en una silla alta. Luego admiró á sus hijas, dos hermosas morenas, bien desarrolladas, graciosas y fuertes; contempló afectuosamente á su compañera y evocó su propia imagen, sus brazos musculosos, su faz enérgica y que respiraba salud.

Después miró á su primo, solitario, envejecido, quebrantado, y señalando con amplio ademán á su mujer y á sus hijos y aquel hogar en donde la lámpara familiar velaba, dijo tranquilamente, en medio de un silencio que por momentos se hacía más emocionante:

—Mi tesoro, ¡helo aquí!

Horas plácidas, cuadro de V. Corcos

LAS PLAYAS DE MODA

TROUVILLE

En materia de playas, como en todo lo que afecta á la vida social, la moda impone sus despóticas leyes. Hay poblaciones marítimas dotadas de iguales si no mejores condiciones que otras, y sin embargo, permanecen poco menos que desiertas, mientras en sus afortunadas rivales la concurrencia afluye cada año más numerosa. Y es en vano que aquéllas apelen á todos los recursos imaginables para atraerse bañistas, que multipliquen las comodidades, que procuren distracciones á los forasteros; como la moda no las toque con su varita mágica, tendrán que guardarse sus distracciones y sus comodidades y llorar, en la soledad más espantosa, la inutilidad de los sacrificios hechos. Para las otras, en cambio, todo va viento en popa y su clientela aumenta de año en año.

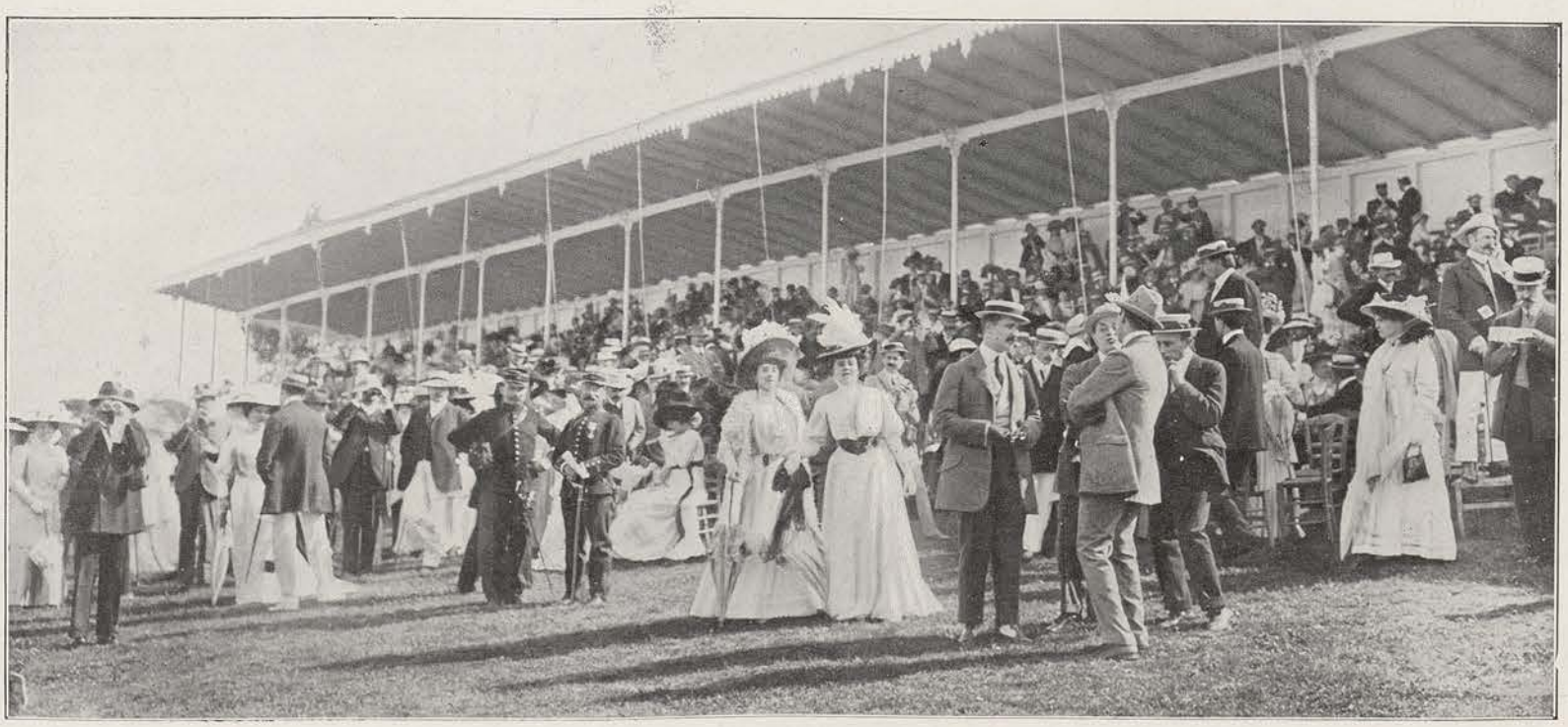
Entre las playas privilegiadas figura en primera línea la francesa de Trouville que, desde hace muchísimos años, cuenta con una parroquia tan numerosa como selecta, en la que abundan los nombres más aristocráticos, las firmas más respetables de la alta banca y del gran comercio parisienses, muchos artistas, buen contingente de extranjeros y no pocas celebridades del mundo elegante.

La vida que en Trouville se hace es la misma de todas las playas: por la mañana, el baño; á mediodía, el corro en la calle de París; por la tarde, el paseo en la terraza del casino, en el hipódromo, en el campo de *golf*, de *tennis* ó de *croquet*, y por la noche, el teatro y el casino. Y para cada hora y para cada cosa, una *toilette* especial, lo que obliga naturalmente á pasarse la mitad del día cambiando de traje, faena que para muchos resultaría un verdadero martirio, pero que para esas gentes constituye el placer supremo de la existencia. Ellas, allí, como en París, como en todas partes, son esclavas de la moda; para ellas, la higiene es un vieja regañona que no se ha propuesto más que amargarnos la vida con sus consejos y sus exigencias. Día vendrá, empero, en que su reina de hoy se reirá de sus homenajes, que no harán sino ponerlas en ridículo, y cuando pretendan rendir acatamiento á la higiene de que ahora se burlan, esa buena señora les responderá sin duda con el proverbial «¡Tarde piache!»

LAS PLAYAS DE MODA.—TROUVILLE-DEAUVILLE (FRANCIA). (De fotografías de M. Branger.)

En la calle de París, al mediodía

Delante del Casino por la tarde



En el hipódromo durante las carreras

TOLÓN.—ENTIERRO DE LAS VÍCTIMAS DE LA EXPLOSIÓN OCURRIDA EN EL BUQUE DE GUERRA «LA COURONNE.»

El día 12 de los corrientes, mientras se practicaban ejercicios de tiro en el buque escuela de cañoneros *La Couronne*, estalló una de las piezas, causando numerosas víctimas, cuatro muertos y veintiún heridos. De estos últimos fallecieron dos pocos momentos después, y tres á poco de haber ingresado en el hospital; de los demás, algunos tienen heridas sumamente graves.

El entierro de los nueve que murieron efectuóse el día 17. Desde las primeras horas de la mañana, una multitud inmensa agolpábase en las inmediaciones del hospital marítimo; á las nueve llegó el ministro de Marina señor Thomson y en seguida formóse el fúnebre cortejo, en el que figuraban todas las autoridades, representaciones de la marina y del ejército, corporaciones y un público numerosísimo.

Al llegar la comitiva á la estación del ferrocarril, pronunciaron sentidos y patrióticos discursos el ministro, el comandante de *La Couronne*, el prefecto marítimo de Tolón y el alcalde de la ciudad.

Después retiráronse el ministro y las autoridades y los ataúdes fueron colocados en los vagones que habían de conducirlos á Bretaña, patria de las víctimas.

Tolón.—Entierro de las víctimas de la explosión ocurrida el día 12 de los corrientes á bordo del buque de guerra *La Couronne* (De fotografía de M. Branger.)

CRONBERG.—ENTREVISTA DE EDUARDO VII Y GUILLERMO II.

Todos los años, el rey de Inglaterra, al ir á tomar las aguas de Marienbad, hace una visita á su augusto sobrino el emperador de Alemania. La periodicidad de esas entrevistas no evita que vayan siempre acompañadas de largos comentarios que no se cansan de hacer los centros diplomáticos y la prensa de todos los paises.

La entrevista de este año se ha celebrado el día 11 en Cronberg, adonde llegó Eduardo VII á las nueve de la mañana, siendo recibido en la estación por el emperador. Los dos soberanos se besaron afectuosamente y y partieron para el castillo de Friedrichshof, en donde permaneció el monarca inglés hasta las once de la noche. Por la tarde asistieron juntos á la inauguración del monumento erigido en Homburgo á la memoria de Isabel de Hesse.

Aunque, como decimos, se ha comentado mucho esa entrevista, las impresiones son este año más optimistas que en los anteriores.—S.

Entrevista del rey Eduardo VII de Inglaterra y del emperador Guillermo II de Alemania
Llegada de los dos soberanos á Homburgo para inaugurar el monumento á Isabel de Hesse. (De fotografía de Carlos Trampus.)

VIAJE DE S. M. LA REINA

VICTORIA DE ESPAÑA

Cediendo al natural deseo de pasar una temporada en su patria y al lado de su augusta madre, S. M. la reina Victoria, después de una permanencia en la Granja y de una corta estancia en San Sebastián, salió de la capital guipuzcoana en la tarde del día 13, acompañada de S. M. el rey y de su séquito. En automóvil se dirigieron á Hendaya y allí tomaron el expreso de Burdeos, en donde se separaron los regios esposos, continuando la reina su viaje á París.

En la capital de Francia, esperábanla en la estación el embajador de España marqués del Muni, su esposa, el alto personal de la embajada y del consulado y el prefecto de policía Sr. Lepine. Como la reina Victoria viaja de riguroso incógnito, no pudieron ir á recibirla ni el presidente de la República ni el elemento oficial.

Desde la estación dirigióse la soberana al hotel Maurice, y después de tomar un desayuno, salió en automóvil á dar un paseo por el bosque de Bolonia, regresando luego al hotel.

A las doce tomó el tren que había de conducirla á Calais, y á pesar del incógnito, fueron á despedirla el coronel Griache, representante del Sr. Fallieres, el ministro de Negocios Extranjeros Sr. Pichón y su esposa, los marqueses del Muni, el personal de la embajada, el prefecto de policía y los altos empleados de la compañía del ferrocarril del Norte. Una compañía de la Guardia republicana tributó los honores debidos á la reina Victoria, á la que fueron ofrecidos preciosos ramos del presidente de la República, del embajador español y del ministro de Negocios Extranjeros.

S. M. la reina Victoria de España en el acto de desembarcar en Dover (De fotografía de Underwood et Underwood.)

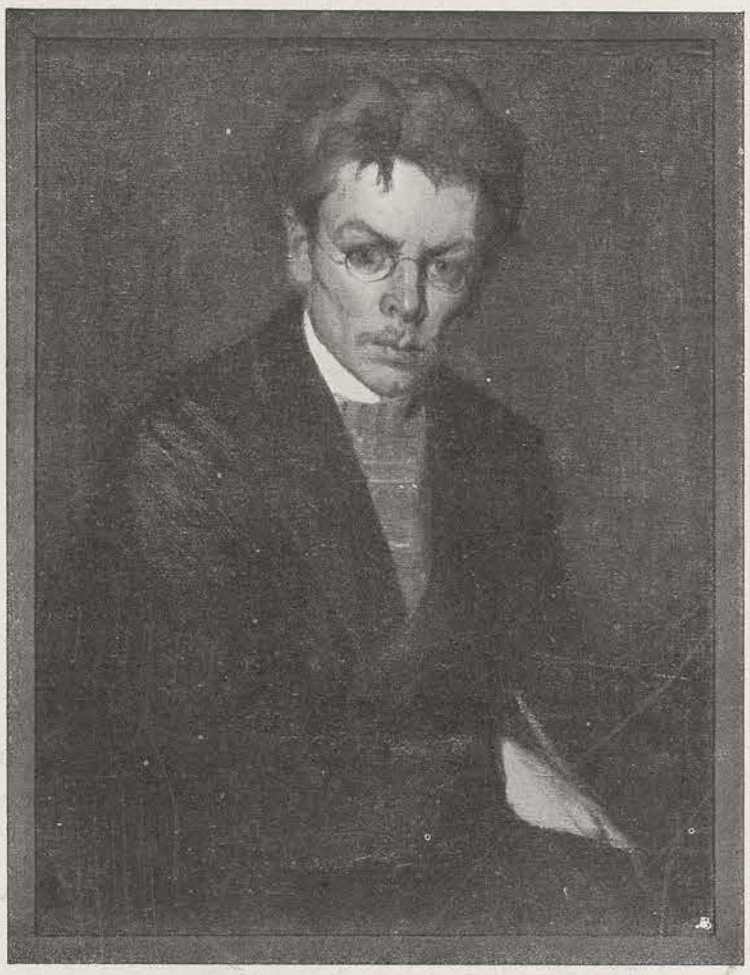
A propósito de la despedida, dice un diario parisiense: «Decididamente es muy difícil conservar el incógnito en París cuando se trata de soberanos tan populares como la graciosa reina Victoria. De ello habrá podido convencerse la soberana, al ver la muchedumbre que había acudido á la estación del Norte para saludarla á su partida. Y preciso es decir que la reina no parecía ofendida por ese pecadillo protocolario, puesto que á las aclamaciones de los parisienses correspondió sonriente y visiblemente satisfecha.»

Poco después de las doce salió el tren, habiendo acompañado á S. M. hasta Calais el diplomático español Sr. Quiñones de León y el comisario especial señor Bordire. A las tres llegó la reina Victoria á Calais, siendo cariñosamente recibida y vitoreada; á las cuatro se embarcó para Dover, y á las siete llegaba á Londres, en donde la esperaban su madre, la princesa Enrique de Battenberg, el embajador de España y el ministro consejero de la embajada.

A la mañana recibió numerosas visitas en el Grosvenor Hotel, desayunóse luego en el palacio de la embajada española y por la tarde marchó en automóvil á Southampton. Desde allí el yate real *Alberta* la condujo á Cowes, en donde permanecerá hasta mediados de septiembre. Entonces irá á buscarla S. M. el rey D. Alfonso XIII para desde allí ir á Viena á visitar oficialmente al emperador Francisco José.—S.

S. M. la reina Victoria en París. Salida de la estación de Orleáns. (De fotografía de M. Branger.)

Retrato de la Sra. T., pintado por Oscar Bjorck



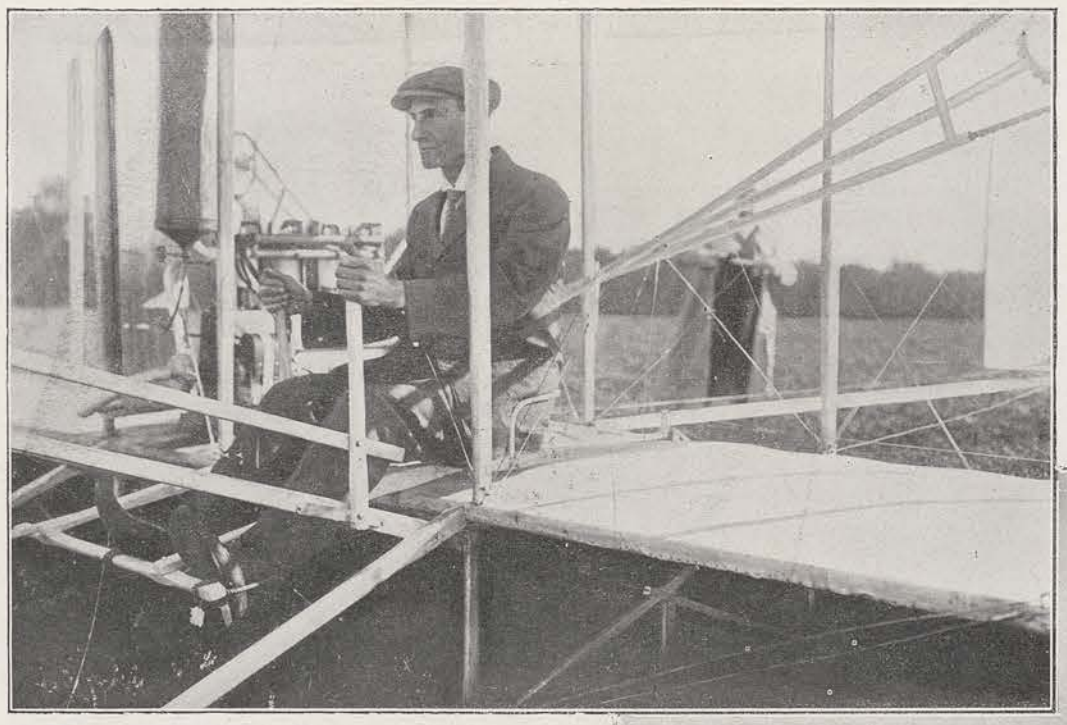
Retrato, pintado por Aron Gerle

Salvamento de náufragos, cuadro de Miguel Ancher. (Fotografía de Pablo Hekscher, de Estokolmo.)

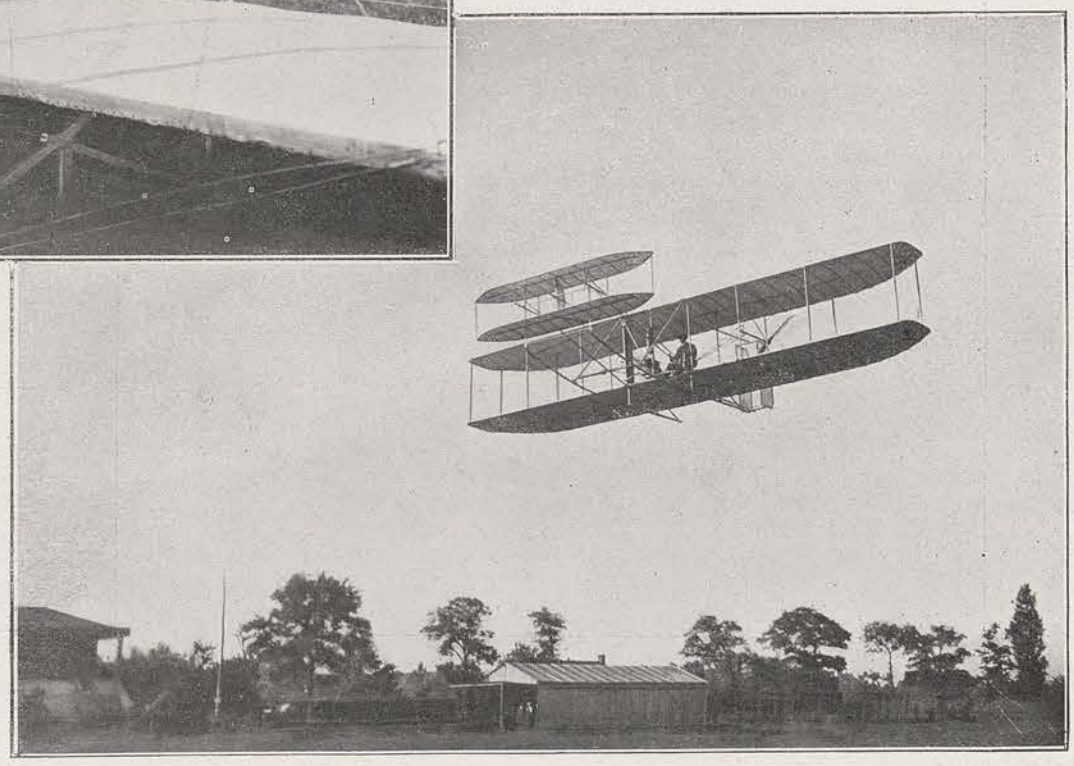
El reloj, cuadro de Osvaldo Grill

Retrato de la Sra. Hunter, pintado por Juan S. Sargent

En el taller del retratista, cuadro de Alberto de Keller



Mr. Wilbur Wright
haciendo funcionar las palancas de dirección de su aeroplano
(De fotografía de M. Branger.)



El aeroplano Wright efectuando sus pruebas preparatorias en el hipódromo de Hunaudieres, en las inmediaciones del Mans. (Fotografía de M. Rol y C.ª)

EL AEROPLANO WRIGHT

Mucho se ha hablado en estos últimos tiempos del invento de los hermanos Wright, y no será seguramente porque éstos hayan buscado la publicidad, muy al contrario, puesto que no sólo han huído siempre de los periodistas, sino que además han efectuado sus primeros ensayos en los Estados Unidos, su patria, en Springfeld, en 1903, y este año en Manteo, con el mayor sigilo.

Este misterio de que se han rodeado hasta hace poco ha sido poderoso incentivo para los que siguen con interés el problema de la conquista del aire, y ha dado lugar á los juicios más contradictorios, pues mientras había quien daba como resuelto por ellos aquel problema, otros afirmaban que se trataba de una farsa.

Tanto se aseguró, sin embargo, que el aparato de los Wright permitía volar fácilmente y maniobrar sin dificultad alguna en el aire, que en Francia se constituyó un comité, presidido por M. Lázaro Weiller, que ofreció adquirir la patente del invento para Francia por la cantidad de 500.000 francos, con la condición de que los inventores ejecutasen previamente dos vuelos en un circuito cerrado de 50 kilómetros cada uno. El menor de los hermanos, Wilburg, aceptó la proposición y se trasladó á Francia, instalándose en las inmediaciones del Mans, en los talleres que á su disposición puso un constructor de automóviles, M. León Bollée, muy aficionado á la aviación.

Allí ha trabajado Mr. Wilburg Wright durante dos meses preparando su aparato para las pruebas que, en su concepto, han de ser concluyentes.

Hace pocos días efectuó, en el hipódromo de Hunaudieres, los ensayos preparatorios, cuyo resultado ha sido calificado de maravilloso por cuantos los presenciaron; el primero tuvo lugar el día 8, habiendo realizado Wright un vuelo magnífico de 2.000 metros en un minuto cuarenta y seis segundos, durante el cual el aeroplano obedeció sumiso á su conductor, ejecutando con precisión admirable todos los movimientos que éste le imponía. Tres días después emprendió su segundo vuelo, que fué aún mejor que el primero: el aparato describió grandes y majestuosas curvas con seguridad asombrosa, virando doce veces y descendiendo en el mismo punto de partida; había recorrido 4.000 metros en tres minutos. Al día siguiente emprendió nuevos ensayos, algunos hechos con viento más que regular, y todos con el mismo satisfactorio resultado.

Estos éxitos, que muchos consideran como decisivos, han inducido á Mr. Wright á anticipar las pruebas definitivas que le han de valer los 500.000 francos ofrecidos por M. Weiller, siendo probable que, dentro de poco, emprenda los grandes vuelos.

Para esos grandes vuelos ha escogido el aeronauta el campo de Auvours, situado á doce kilómetros del Mans, en donde se está construyendo ya el cobertizo para el aparato, pues el hipódromo de Hunaudieres resulta demasiado pequeño y de efectuarse en él las pruebas de los 50 kilómetros tendría que realizar demasiadas viradas. La velocidad del aviador obligaría á virar cada doce segundos, lo que causaría á Mr. Wright una fatiga excesiva que podría comprometer el éxito de sus ensayos.

El aparato de Mr. Wright, al decir de los que lo han visto funcionar, es superior á todos los demás hasta ahora ensayados y son muchos los que dan por seguro su triunfo en las pruebas decisivas.

En cuanto al inventor, he aquí lo que un competidor suyo, el francés Delagrange, ha escrito á propósito de él en un importante periódico ilustrado: «Que los que hayan dudado de él, y de mí puedo demostrar que no he sido nunca de los incrédulos, inclinen la frente y se arrepientan. Mr. Wright es el más hermoso ejemplo de fuerza de voluntad que jamás se haya visto. A pesar de los sarcasmos y de las burlas, á pesar de los lazos que de todas partes le han tendido, á pesar de los ofrecimientos y de las provocaciones, ese hombre ha permanecido silencioso durante años y, seguro de sí mismo, seguro de su genio, ha guardado su secreto.»

El marqués de Rudini,
ilustre político italiano, fallecido en Roma el 8 de los corrientes
(De fotografía de Carlos Trampus.)

EL MARQUÉS DE RUDINI

El ilustre hombre público italiano fallecido en Roma el día 8 de los corrientes, había nacido en Palermo en 1839, y á los veintiséis años era alcalde de aquella ciudad. Habiendo estallado una violenta insurrección en Sicilia, Rudini, al frente de la Guardia Nacional, organizó la resistencia contra las turbas que habían invadido la capital y á las cuales venció después de tres días de empeñada lucha. Por este hecho fué nombrado prefecto de Palermo; en 1868 se le confió la prefectura de Nápoles. Al formar, en 1869, ministerio el general Menabrea, dióle la cartera del Interior, que sólo desempeñó algunas semanas. En 1870 fué elegido diputado por el distrito de Canicatti (Sicilia), que representó hasta 1882, fecha en que le enviaron á la Cámara los electores de Siracusa. Muy pronto fué reconocido como jefe y renovador de la derecha parlamentaria, adquiriendo gran autoridad sobre sus colegas. En febrero de 1891 sucedió á Crispi en la presidencia del Consejo de ministros, reservándose además la cartera de Negocios Extranjeros; durante su gobierno se renovó la Triple Alianza. En 1892 presentó la dimisión, pero el rey le encargó nuevamente la reconstitución del gabinete; pocos meses después, un voto contrario de la Cámara le obligó á retirarse del gobierno. Combatió al gabinete Giolitti, y volvió á ser presidente en 1896, hasta que, dos años después, fué reemplazado por el general Pelloux.

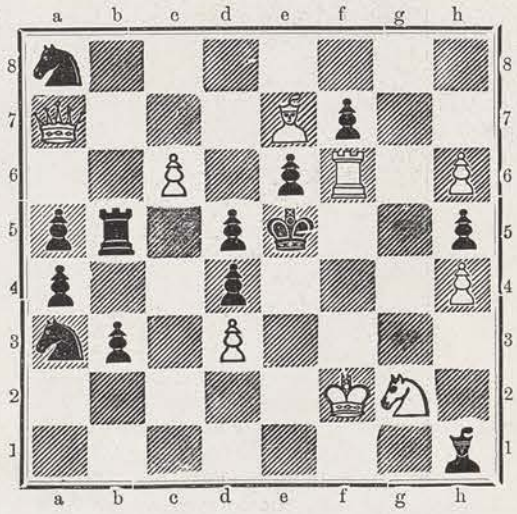
Desde entonces intervino aparentemente poco en la política activa, pero su influencia siguió dejándose sentir, así en el Parlamento como en las esferas gubernamentales; su experiencia, su talento y su patriotismo eran otros tantos títulos para que sus consejos fuesen admitidos ó cuando menos seriamente meditados.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 505, POR V. MARÍN

2.° premio del Concurso de Barmen, 1905.

NEGRAS (13 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 504, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. T c6 - c4	1. A b3 × c4
2. A g4 - d1	2. Cualquiera.
3. h3 - h4 ó C mate.	

VARIANTES.

1..... T a4 ó b5 × c4; 2. D f1 - f4 jaq., etc.
C a6 - c5 ó c7; 2. D f1 - f3, etc.
Otra jugada; 2. D f1 - f3 ó f4 jaq., etc.

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD. R. I.

(CONTINUACIÓN)

... y fué cuando se encontraron con un funcionario de la policía ambulante que también iba escoltado

—Pero no tenían nada de pecaminoso; eran unos garabatos tan disparatados y sin sentido como pudiera hacerlos un loco; así se lo dije á la hermana, que con esto se tranquilizó.

Armitage se reía involuntariamente; pero para Wylie la idea de que Zoe había disfrutado alguna libertad durante la fiesta de la Santísima Trinidad, sin saber que sus renglones eran objeto en aquellos mismos momentos de un minucioso examen en busca de pruebas que la convencieran de hechicera, le conmovió de tal manera, que hubo de volver la cara bruscamente.

XXI

LA HUÍDA

El capítulo se reunió, y á pesar de los desesperados esfuerzos del padre Demetrio, resolvió por gran mayoría que se aceptara la oferta de Armitage y que, por lo tanto, se hiciera la vista gorda, dejando escapar á los prisioneros. Si el Sr. Kirileff hubiera entregado sus dos mil quinientos rublos, el monasterio se hubiera visto en el compromiso de honor de cumplir las condiciones estipuladas; pero como muy acertadamente indicó el anciano padre Apostolos, habiéndose sólo limitado á prometer, sin hasta entonces haber cumplido, sería una locura negarse á aceptar otra cantidad, con la que se podrían substituir las aureolas de plata dorada de las imágenes del iconostasio por otras de oro puro. Y después de todo, no se les pedía que soltaran á los prisioneros; todo se reducía á dejar las escalas colocadas en sus puestos durante unas noches, en lugar de recogerlas y guardarlas, y á que al padre Atanasio se le perdieran temporalmente las llaves. También se convino, á propuesta del hermano Nicolás, el monje joven, de semblante alelado, que había identificado á Wylie, en que la huída no se efectuase hasta que hubiera terminado Armitage la vista de la iglesia, á fin de que la princesa Irene no viese frustrados sus piadosos deseos. La fausta nueva se la llevó el padre Atanasio al pintor, que estaba en el patio dedicado de lleno á su trabajo y que fué á comunicársela á Wylie. A éste, así por su indiscreto comportamiento el día anterior, como por los consejos del Sr. Kirileff, habíanle prohibido que entrara otra vez en el recinto; mas no por ello les cobró mala voluntad á los monjes, pues en cambio habían autorizado al hermano Evangelios, que era el encargado de las escalas, para que le enseñara cómo se colocaban, y se había pasado la tarde en que se reunió el capítulo gateando arriba y abajo por el flanco de la montaña, como mosca que sube y baja por una pared. Al otro día, cuando Armitage descendió en la red, después de haber estado trabajando mañana y tarde, Wylie le salió al encuentro y lo condujo á cierta distancia del campamento.

—Esos venerables trubanes de allá arriba están tramando alguna picardía, le dijo.

—¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir?, preguntó Armitage.

—Uno de ellos bajó por las escalas esta mañana con un cesto; al parecer era un lego que iba á buscar provisiones al pueblo. Me pareció que andaba receloso, como si temiera que le siguiesen; así es que eché tras él arrastrándome por entre las malezas con las manos y las rodillas. Sucedió lo mismo que había pensado; en cuanto hubo perdido de vista nuestro campamento, puso en tierra el cesto, se remangó el hábito y echó á correr, tan aprisa como pudo, en dirección opuesta á la del pueblo. Quise seguirle, pero

como no me atreví á enderezarme del todo, pronto me ganó gran ventaja, por lo que me oculté cerca del cesto á esperar que volviese. Pasó como una hora antes de que regresara y recogiera el cesto; entonces se dirigió al pueblo con toda tranquilidad.

—¿Y adónde cree usted que iría?

—Indudablemente á ver á alguno que sirve de intermediario entre el padre Demetrio y los escitas, y que tal vez sea un bandolero. El pueblo es griego; por eso habrán tenido que buscarlo en otra parte. Naturalmente, querrán que vuelva Kirileff y que mejore sus proposiciones antes de que nos vayamos. Ya usted sabe que no me gustó la cláusula de tener que esperar á que usted concluyera el cuadro. ¿Cuándo cree usted que quedará terminado?

—Ni en muchos años, si son los monjes los que han de decirlo. Quieren que sea una obra enteramente bizantina, en la que se cuenten una por una todas las piedras de los muros y todas las tejas del tejado. Ya se ve, desconocen por completo los procedimientos modernos; únicamente por complacerlos pinto tantos pormenores como en conciencia puedo. Sin embargo, con otro día de trabajo he de dejar mis mamarrachos en estado de poder pasar.

—Perfectamente. Tampoco podríamos de ningún modo partir esta noche. Cuando obscurezca subiré por las escalas á fin de aprender á hacer el camino en las tinieblas; sin ese ensayo no me atrevería á bajar á la señorita Smith. Siempre es arriesgado que lo haga una mujer, y no digo nada siendo á obscuras...; pero tal vez sea mejor así, puesto que no se dará cuenta de los peligros que corra.

—Quisiera yo tener la cabeza tan firme como usted. Sufro lo que no es decible cada vez que me suben ó me bajan en la red. A propósito, para no tener con los padres más discusiones artísticas, ¿no podría usted hacerme para mañana un croquis, sujeto á escala, de la montaña vista desde abajo, anotándome los colores, para yo poder pintarla luego? Tan preocupados están con la vista de la iglesia, que se han olvidado de la del exterior del monasterio; pero el padre Demetrio es muy capaz, si se acuerda, de valerse de este pretexto para detenernos.

—Convenido. Saldrá un adefesio; pero, vamos, eso no importa. Entre tanto no deje de indicarle al padre Atanasio que procure perder las llaves antes de que llegue la hora de cerrar las puertas mañana por la noche. ¿Lo hará usted así?

. . . . . .

Tan sólo un incidente vino á turbar, al día siguiente, la tranquilidad de los conspiradores, y fué un percance ocurrido al hermano Evangelios, quien al pasar por un corredor obscuro tropezó con una de las muletas de que se sirven los monjes para apoyarse durante sus largos rezos y se torció un pie, teniendo que quedarse en su celda. Wylie había bajado y subido, durante la noche, por las escalas y tenía ya la seguridad de que sabía perfectamente ir de unas á otras; así es que no había motivo para más dilaciones. El padre Atanasio había advertido á Mauricio que estuviera listo para cuando el *semantron* llamase al oficio de la media noche; y el oportuno regalo de un rosario bendecido del Sacro Monte fué lo bastante para que la vieja María llevara el mismo aviso á Zoe. Un hábito negro y un gorro alto de los que usaban los monjes habían entrado de contrabando en cada una de las dos celdas, por si acaso algún padre rezagado, al dirigirse á la iglesia, tropezaba con los dos seglares.

Wylie se hallaba á medio camino subiendo por las escalas, cuando el estruendo del *somantron* llegó á sus oídos y acabó de subir la otra mitad, olvidándose enteramente de cuán peligroso era el camino. Aún retumbaban los ecos por todo el monasterio, cuando llegó al torreón adonde iban á parar las escalas y alcanzó á ver, escabullándose por el patio, á los monjes que más habían tardado en despertarse. Muy pronto cesó del todo el ruido, y el hermano que había estado empuñando el mazo del *semantron* fuése tras los otros á la iglesia. Wylie, sin hacer ruido, deslizóse hasta las habitaciones del Hegoumenos y dejó sobre un diván un paquete que contenía doscientas cincuenta libras; otras tantas habían sido ya entregadas cuando se supo la resolución del capítulo. Después escondióse de nuevo detrás del torreón y esperó con el corazón palpitante, no atreviéndose á dar á conocer su presencia ni aun en el momento de ver á dos personas que daban vuelta á la esquina de la iglesia, porque con el hábito monacal era imposible distinguir quiénes eran. Pero ellas, sin vacilar, se encaminaron directamente al torreón, y dando Wylie un paso fuera de la puerta para recibirlas, cogió una mano de cada una y las condujo á la escala, conteniendo con imperioso gesto las preguntas que ansiaban dirigirle. Sin dejarles tiempo de que se percataran del modo cómo iban á bajar, descendió unos cuantos peldaños de cara á la roca y dijo luego á Zoe que le siguiera, para lo cual con sus manos iba colocándole los pies en los desiguales travesaños. Mauricio venía el último, bastante detrás de Zoe, á fin de dejarla en libertad completa de agarrarse á los costados de la escala, y así comenzaron á bajar penosamente. Las luces del campamento aparecían muy pequeñas y distantes allá abajo, tan lejanas casi como las estrellas que brillan de un modo inusitado en una atmósfera sin nubes.

Si sólo se hubiera tratado de Mauricio, habría afrontado Wylie aquella situación con la risa en los labios; pero horrorizábale la idea de que estuviese Zoe suspendida entre cielo y tierra, asida á una desvencijada escala, silbando en torno suyo el viento de la noche.

Parecíale que sus pies eran de plomo y apenas sentía el peldaño que pisaba; pero Zoe no se dió cuenta de que él iba temblando al llevarla, muy despacio, cada vez más hacia abajo, y obedecía las indicaciones que le hacía en voz baja como en un sueño, porque aún le parecía estar en el mundo imaginario en que había vivido la mayor parte del tiempo de su cautiverio. Era como si su espíritu oyera las órdenes y su cuerpo las ejecutara, sin que en realidad fuera ella misma la que estaba allí presente.

Por último llegaron á cierto reborde de la montaña en donde, por ser de absoluta necesidad, permitió Wylie que se hiciera un descanso, pues ya tenía que agarrarse á la escala, á pesar de verse en terreno firme. Pero apenas los pies de Zoe habían tocado al suelo, arrojó ésta una exclamación que puso en tensión los nervios de Wylie.

—¿Qué es eso?, había exclamado. ¡Aquí hay alguien! Un bulto grande y negro ha desaparecido tras el recodo.

Ni Wylie ni Mauricio, que estaban de cara á la roca, habían visto nada; pero ella había vuelto la cabeza y aseguraba que en aquel mismo momento alguien que estaba junto á Wylie había desaparecido. Asomáronse al recodo con cuidado, pero nada alcanzaron á ver. Wylie sacó un revólver, y precediendo á sus compañeros, recorrió el sendero que unía la escala bajada últimamente con la que le seguía. A nadie vieron y él volvió á colocar el arma en el cinto antes de bajarse para tocar con las manos el extremo superior de la escala. Fué tanteando por todo lo largo del borde sin hallar nada; entonces comprendió lo que pasaba. La escala había desaparecido. No era ésta muy larga, pero cruzaba oblicuamente sobre una cortadura profunda de la montaña, que presentaba un obstáculo insuperable á todo el que tratara de pasar sin escalera.

—¡Se han llevado la escala!, dijo volviéndose hacia los otros dos, haciéndose la ilusión de que su voz no había de delatar lo emocionado que estaba. Tendremos que descolgarnos. Quítense los hábitos que traen. Nos servirán de cuerda.

Obedecieron. Wylie cortó en dos con una daga los largos y amplios hábitos, desde el cuello hasta el dobladillo, ató las dos mitades por las anchas mangas y después uno á otro.

—Iré el primero, dijo; ustedes dos han de sostener la cuerda, porque la tensión ha de ser grande.

Obedecieron otra vez, sin explicarse de qué modo pensaría pasar al otro lado; horrorizados vieron que en cuanto se descolgó por el pretil, la cuerda comenzó á dar violentas sacudidas. Se la había amarrado á la cintura, de modo que las manos le quedaran libres, y haciendo un gran esfuerzo se lanzó para llegar al otro lado de la cortadura. Una y otra vez probó de hacerlo sin lograrlo, golpeándose contra las piedras al retroceder; pero por último, con un impulso supremo, pudo agarrarse á unos matorrales que había al otro lado y subirse en la peña.

—Ahora, señorita Smith, dijo casi sin respiración, acuérdese usted de la gimnasia que aprendió en la escuela. ¿Cree usted que podrá bajar por la cuerda?

Zoe se hubiera muerto antes que decir que no podía ó que tenía miedo, á pesar de que aquella cuerda, anudada de cualquier modo, estaba muy lejos de parecerse á las de un gimnasio.

—Creo que sí, contestó al instante.

Wylie dió varias vueltas al extremo que tenía en la mano para dar al puente más resistencia. No era posible dejarse deslizar á lo largo de ella á causa de los nudos; así es que Zoe comprendió que tendría que bajar colgando de pies y manos. Mauricio colocó el otro extremo de la improvisada cuerda debajo de la piedra más grande que encontró, para más dificultar que se le escapase, y luego, asentando en tierra los pies con fuerza, la mantuvo todo lo más tirante que pudo. Colgóse de ella Zoe con brazos y piernas, y avanzó despacio de nudo en nudo, descendiendo diagonalmente, hasta que Wylie, sujetando con el pie el extremo de la cuerda, pudo cogerla en sus brazos. Púsola en tierra jadeante, y preguntó á Mauricio si la piedra sería bastante para aguantar su peso.

—Ni con mucho, contestó. Saltaré. Por si no llego, me ataré la cuerda á la cintura y usted me izará. Zoe también debe aguantar la cuerda, no vaya usted, con la sacudida, á precipitarse de cabeza. ¡Ahora!

Wylie y Zoe se echaron hacia atrás, haciendo hincapié en el suelo, y aguardaron la sacudida; pero Mauricio había calculado tan bien la distancia, que á pesar de no caer en la peña, pudo agarrarse á las matas que crecían más abajo, y antes de que cedieran, Wylie le dió la mano. En las ramas y raíces pudo apoyar los pies y encaramarse sobre la roca; después de lo cual, arrollándose al cuerpo la cuerda, por si acaso había que utilizarla otra vez, siguió tras los otros dos en busca de la siguiente escala. Esta se hallaba en su sitio y principiaron á bajar en la misma forma que antes; pero á mitad de camino el corazón de Wylie dejó de latir pensando: «¿Qué sucedería si su desconocido enemigo, después de quitar la otra escala, hubiese aserrado los barrotes de ésta?» Nada quiso decir á sus amigos y todos siguieron bajando con cautela hasta llegar al pie; pasando por una abertura horadada en la misma piedra, llegaron á la cuarta escala. También descendieron por ella sin novedad y se encontraron en una especie de plataforma de piedra que penetraba, hasta cierta distancia, en el flanco de la montaña, formando como una cueva. Estaban ya tan sólo á unos ciento cincuenta pies del suelo; la escala de cuerda colgaba de sus dos anillas de hierro, dispuesta para que bajaran.

—Oigan, dijo Mauricio, no me gusta nada esta cueva. No podremos registrarla bien sin tener luz, y si alguien se ha escondido en ella verá nuestras siluetas destacarse sobre el cielo; si el fantasma que vió Zoe está dentro, tal vez se le ocurra jugarnos una mala pasada cortando la escala cuando todos estemos en ella. Baje usted primero con Zoe, Wylie, y yo me quedaré de centinela hasta que lleguen abajo sanos y salvos.

—Perfectamente, dijo Wylie. Tome usted mi revólver y haga fuego sin contemplaciones. ¿Si estará ya abajo Armitage?

Silbó quedo y se oyó que contestaban de abajo con otro silbido; la escala, hasta entonces flexible y oscilante, quedó rígida y quieta. Una vez más dió Zoe gracias á Dios de llevar abarcas, pues la excitaba más los nervios el sentir, al descender, bajo la planta los peldaños flojos de cuerda, que los resistentes de madera. Wylie, lo mismo que antes, iba colocándole los pies despacio para ayudarla á bajar. El aumento de la obscuridad indicaba que se acercaban á la tierra firme. Zoe, que se había portado valientemente hasta entonces, cuando llegó el momento de dar el último paso no pudo resolverse á darlo. Parecíale haber estado innumerables años bajando á gatas por escalas que se bamboleaban, y se agarró temblando á las cuerdas sin atreverse á soltarlas. Wylie, por último, con suavidad la obligó á abrir las manos y en brazos la puso en tierra; luego le dijo con el mismo tono que se emplea generalmente en sociedad y que hizo contener las lágrimas próximas á brotar:

—Quiero presentarle, señorita Smith, á mi amigo Armitage. A él tiene usted que dar las gracias por su libertad, pues él no inspiraba recelos, y de mí, en cambio, desconfiaban.

—Mucho me alegro de verla sana y salva en tierra firme, dijo Armitage. Me temo que va usted á encontrarse muy mal alojada, pero tendrá la bondad de dispensar las deficiencias.

—Hubiéramos querido traer para usted un equipo completo, una camarera y todos los lujos orientales, dijo Wylie, que estaba sosteniendo la escala para que Mauricio bajase; pero teníamos miedo de infundir sospechas. Como su hermana, quiero decir, la princesa Irene, no está aquí, ¿me será lícito decir que usted es quien manda?

Zoe se reía algún tanto nerviosa, pero de pronto exclamó:

—¡Ah! ¿Me ha traído usted algún libro en blanco?

—No, á la verdad, creo que no, dijo Wylie consternado. ¿Por qué lo pregunta usted?

—¡Ah! Todo el tiempo que he estado en el monasterio lo he pasado ideando una preciosa novela y hubiera querido escribirla antes de que se me olvidara. Sé que se me borrará de la memoria en cuanto vuelva á la vida ordinaria.

El tono con que lo dijo indicaba que su novela la absorbía tan por completo, que Wylie sintió algo indefinible, mezcla de envidia y celos.

—Mucho lo siento, dijo hipócritamente. Ya tendrá usted cuantos quiera así que lleguemos á Ther...

Una exclamación de Armitage no le dejó acabar la frase. En lo alto, por encima del borde de la rocosa plataforma, aparecieron momentáneamente, sobre el estrellado firmamento, un gorro alto y una faz barbuda; la luz se reflejó en algo bruñido. Un lado de la escala pareció desprenderse y los peldaños quedaron colgando. Wylie buscó su revólver, pero lo tenía en el cinto Mauricio, que estaba suspendido de la otra mitad de la escala. Antes de que Armitage pudiera empuñar el suyo, la cuerda se rompió dando un estallido como un escopetazo y Mauricio cayó desde aquella altura al suelo con estrépito. Arrojó un grito de horror Zoe, y Wylie dió por cierto que había quedado sin vida. Cuando llegaron junto á él le hallaron sin sentido; pero mientras con gran ansiedad le palpaban el cuerpo, abrió los ojos momentáneamente.

—Me parece que tiene roto el brazo derecho, dijo Armitage.

Wylie opinó lo mismo.

—Bueno, peor hubiera sido una pierna, dijo débilmente Mauricio, pues en ese caso hubieran tenido que dejarme aquí.

—¡Qué disparate! Le hubiéramos acomodado en una jamuga y nos lo hubiéramos llevado en una de las mulas de carga, respondió Wylie, buscando hasta dónde llegaba el daño recibido, á la luz de las cerillas que Armitage encendía.

—Puede usted darse por muy satisfecho, Smith, si no hay más que esto, porque yo podré hacerle una cura provisional; en cambio, si se tratara del codo ó de una fractura conminuta, entonces sí que de nada sirviría mi ciencia. Ahora bien, ¿podría usted ir hasta el campamento ayudándole nosotros?

Mauricio, apretando los dientes, dejó que lo sostuvieran y llevaran hasta las tiendas de campaña; ya allí, obligaron inexorablemente á Zoe, á pesar de sus indignadas protestas, á que descansara una hora ó cosa así, fundándose para ello en que ya había sufrido bastante. En vano hizo presente que tenía el diploma de enfermera de primera clase; Wylie fué duro como el diamante, y hasta el ingrato Mauricio le rogó que fuera á acostarse y los dejara en paz. Cuando la despertaron muy temprano á la mañana siguiente, ya Mauricio tenía el brazo entablillado, y aunque pálido y con bastantes dolores, estaba dispuesto á partir. Wylie le cedió su caballo y siguió á pie á su lado, y Zoe, como ya estaba convenido, montó en la mula. Nadie supo qué pensarían las escoltas del aumento que había tenido la caravana, porque nada preguntaron ni hicieron objeción alguna; así es que todo marchó perfectamente. Aquel día sólo hubo un momento desagradable, y fué cuando se encontraron con un funcionario de la policía ambulante que también iba escoltado. Al principio recibió con alegría la noticia de que Mauricio y Zoe eran los dos famosos europeos cuyo secuestro por los bandidos tanto ruido había metido; pero inmediatamente después manifestó el propósito de detenerlos por viajar, sin pasaporte, por el interior del país. Preguntado qué pensaba hacer con ellos, contestó que era su deber conducirlos inmediatamente al puesto más cercano, á lo que le replicaron que eso mismo pensaban ellos hacer lo más pronto posible. Entonces hizo presente que le parecía oportuno acompañarlos hasta allá; pero como los viajeros preferían perderlos de vista á él y á sus andrajosos subordinados, determinaron hacer una tentativa para que desistiera de querer cumplir con su obligación. El medio empleado para conseguirlo fué bien sencillo, pero costoso, y durante largo rato no supieron Wylie y los suyos si el afecto que el polizonte parecía haberles cobrado sería tan grande que le obligara á seguir con ellos, por lo menos mientras les quedara algo que excitara su codicia. Por último, consiguieron verse libres de él, y el resto del viaje de regreso fué tan desprovisto de incidentes como el de ida. Soportó Mauricio bastante bien las fatigas, y tanto él como Zoe mostraron verdadera alegría al verse viviendo al aire libre, después de haber estado cuatro semanas encerrados entre muros de piedra.

La única persona que no estaba satisfecha era Wylie. Había realizado el objeto al que había dedicado todos sus esfuerzos; estaba otra vez en compañía de sus amigos; pero la realidad había defraudado sus ilusiones. Zoe y él no se trataban con la misma intimidad que en los primeros días de su cautiverio. A veces procuraba apreciar este cambio á la luz del sentido común, pensando que el percance ocurrido á Mauricio lo explicaba satisfactoriamente; pero otras se decía con amargura que toda la culpa era suya por no haber traído los cuadernos en blanco. Era muy natural que Zoe creyese que todo lo que á ella le interesaba le tuviese á él enteramente sin cuidado. Lo que no dejaba de ser una injusticia, pues aun cuando no le gustaba mucho el trato de las mujeres *que se dan á escribir,* como por lo regular acontece á todos los hombres de su tipo, tenía la seguridad de que Zoe no había podido percatarse de ello. Se había conformado ya con el tono ligero y sin pretensiones con que hablaba Zoe de sus trabajos literarios, y hasta había llegado á felicitarse de que su vocación, según parecía, no estuviera muy arraigada; pero ahora tenía la seguridad de que aquella dichosa novela había venido á interponerse entre los dos. Cuando después de cabalgar una hora sin decir una palabra se sobresaltaba al oir que la llamaban para que volviera al mundo real, ya sabía que pensaba en alguna cosa exclusivamente suya, en la que no tenía él parte. Pero esto no disminuía en nada el afecto que le profesaba, y si Zoe quería pasarse los días enteros escribiendo, él se avendría y disfrutaría con sus escritos, por muy poca parte que tomara en ellos, pues bastaba que fueran suyos para que le gustaran. El alejamiento venía de parte de ella, y al separarse en el bosque se había propuesto pasarse sin él, cosa que le resultó muy fácil por tener la imaginación ocupada en su novela.

XXII

Á FAVOR DE LAS TINIEBLAS

—Me tiene sumamente preocupada Mauricio, dijo Zoe al encontrarse con Wylie en el patio de la quinta del profesor, en Kallimeri, adonde habían ido en cuanto llegaron á Therma, procedentes de Myriaki.

—¿Por qué? ¿Está peor del brazo? Me pareció que ese médico griego hizo demasiados elogios de mi labor quirúrgica. ¿Quiere usted que monte á caballo y vaya en busca de uno europeo y lo traiga?

—No, no creo que sea eso; me figuro que Mauricio tuvo un acceso de fiebre la noche que pasamos en la bahía, porque no deja de hablar de Irene y dice que le da el corazón que se halla en inminente peligro. Y como Mauricio no cree en la transmisión del pensamiento ni en otras cosas parecidas, supongo que debe estar enfermo. Habla de ir á Therma á verla, de cualquier modo que sea, y ya sabe usted que el médico dijo que debía estarse quieto. Pienso que al hablar de un peligro se referirá á la ida de Irene á Escitia; pero no me explico cómo lo ha sabido. De todos modos, tengo la convicción de que no está en estado de ir y luchar con todos los obstáculos que se le habrían de presentar en el consulado escita.

—Ciertamente. Tampoco sería yo bien recibido allí, y claro está que lo mismo le pasaría á Armitage, porque le han devuelto sus cuadros sin siquiera haberlos desempaquetado.

—¡Ah! No lo sabía, dijo Zoe.

—Han llegado esta mañana con una esquela de la señora Ladoguin diciendo que la conducta falaz de Armitage, después de haberle la princesa dado audiencia, había ofendido tanto á ésta, que se consideraba desligada de todo compromiso con él. Han sabido todo lo que ocurrió en Hagios Antonios, y supongo que el mensajero del padre Demetrio llegaría demasiado tarde para que pudieran detenernos.

—No sé si convendría que yo fuera también, dijo pensativa Zoe. No me gusta dejar solo un día entero á Mauricio; pero...

—No piense usted en semejante cosa. ¿No comprende que si la dejaran entrar en el consulado sería con algún fin avieso? Lo primero que pudiera suceder es que se la llevaran á usted ocultamente á Escitia, y entonces tendríamos que salir de nuevo en su busca.

Zoe se echó á reir.

—Tal vez si le escribiera á Irene, dijo, le permitirían que me contestase. Supongo que Mauricio quedaría contento si supiera que estaba buena y que no era tan mala su situación. ¿Cree usted que ya se ha ido?

—En la carta nada hablaban sobre ese particular, y bien hubieran podido decir que los cuadros habían llegado demasiado tarde si no hubieran querido hacerle un desaire á Armitage. Bueno, ¿quiere usted que monte á caballo y lleve la carta y haga todo lo posible para que llegue á manos de la princesa? Para otra cosa no puedo ofrecerme; pero tal vez, como ahora no me esperan, pueda manejármelas de modo que la vea.

—No quisiera darle á usted tanta molestia.

—No lo es para mí. En realidad, debía ir hoy ó mañana á Therma á ver y dar cuenta de todo á sir Frank Francis, que ha hecho por nosotros siempre cuanto ha podido, si bien de un modo vacilante, tardío, como buen paisano. Es un buen señor. También ha dicho el profesor que quería ir á ver al valí. Cree haber hallado la pista de un complot tracio dardanio para acabar de un solo golpe con cuantos griegos y rumíes haya en Ematia, lo cual le tiene, naturalmente, muy alarmado y quiere que el valí lo esté también.

Wylie hablaba con tono indiferente, porque su amor propio herido le impulsaba á tratar á Zoe del mismo modo que ella á él. Si no quería acordarse de los días en que juntos habían desafiado la muerte y las privaciones, Wylie también, por su parte, estaba dispuesto á tratarla como á una conocida cualquiera. La serviría en cuanto estuviera en su mano, porque su mismo amor se lo mandaba; pero no quería exponerse á sufrir nuevos desaires manifestándole todo lo que sentía. El resultado natural de esta conducta fué que Zoe, echando de menos en él algo que la halagaba, por más que no le fuera grato el sentimiento que se lo inspiraba, principió á sondearlo delicadamente para averiguar hasta dónde podría contar con él, y en aquella ocasión no quiso dejar el tema que habían tocado.

—No considero justo que ande usted siempre corriendo, haciendo nuestros mandados. No parece sino que lo tenemos constantemente ocupado en nuestro servicio. ¿Cómo es que no ha tenido usted todavía que regresar á la India?

—He conseguido que me prorrogaran la licencia, dijo Wylie impasible. Ya sabe usted que siempre estoy pronto á servir en cuanto puedo; pues bien, si quiere usted escribir la carta, averiguaré si va el profesor á la ciudad; si no, iré yo solo. Me parece que pasaremos la noche en su casa y que volveremos mañana; así tendré más tiempo de que disponer para poner sitio á la princesa.

—No sé cómo Mauricio va á estarse quieto todo el día, dijo Zoe dando un suspiro.

—¡Ah! Ya estará cuando sepa que hay quien está tratando de verla. ¿Va usted á pedir á Irene que venga?

—¡Oh, no!, en la carta no, pues entonces no la dejarían llegar á sus manos; pero si usted la ve, ruéguele que venga á pasar un día aquí. Ya sabe usted que el profesor fué amigo de su padre. Por supuesto que la señora Ladoguin tendrá que venir también, pero yo me encargaré de amansarla.

—Sería usted la primera persona que lo consiguiera, dijo Wylie despidiéndose para ir en busca del dueño de la casa.

El profesor Panagiotis estaba muy dispuesto á aceptarlo por compañero de viaje, así fué que salieron á caballo muy temprano aquella tarde. En la casa que aquél poseía en la ciudad se separaron, marchando el profesor al palacio del gobernador rumí para pedirle audiencia y Wylie al consulado inglés. Sir Frank estaba muy ocupado, pero le invitó á comer aquella noche á fin de que, de sobremesa, le refiriera todo lo ocurrido. Desde allí fué al consulado escita, donde volvieron á representar la misma comedia que tanto le había hecho perder la paciencia anteriormente. Fueron varios los sirvientes que, vertiendo raudales de elocuencia, trataron de convencerle, unos de que la princesa estaba indispuesta y no recibía á nadie, otros de que había salido á dar un paseo en coche, ó de que se estaba preparando para hacer el viaje á Escitia, y todos afirmaron que podía entregar la carta, que la recibiría sin falta, á lo que se negó Wylie, quien pidió tener una entrevista con la señora Ladoguin, que no le fué concedida. No tuvo más remedio que volver á meterse la carta en el bolsillo y ocupar otra vez su antiguo puesto de observación frente al consulado. Allí permaneció hasta que ya había anochecido, sin que viera regresar á las dos damas, quedando así casi probado que uno, por lo menos, de los pretextos alegados era falso. Dejó su observatorio con pesar; y viendo que apenas le quedaba tiempo de ir á vestirse para el convite, subió á un coche de alquiler que lo condujo á casa del profesor.

Apenas había partido, cuando la puerta principal del consulado escita se abrió de par en par y la señora Ladoguin é Irene salieron en coche. Iban á comer al consulado de Hercia, una de aquellas casas de confianza donde había la seguridad de no encontrarse con ningún inglés entrometido; pero así y todo, la señora Ladoguin insistía en conocer de antemano la lista de los invitados, pretextando lo exigente que en cuestiones de etiqueta era la princesa, que se negaba á transigir en nada ni aun cuando, como entonces, viajara de semi-incógnito. Una nube obscurecía la frente de la señora Ladoguin. La inesperada reaparición de Wylie la había alarmado, y recelaba que se urdía algún bien ideado plan para llevarse á Irene antes de que pudiera con toda seguridad marchar á Escitia.

(Se continuará.)

LA EXPEDICION DE CHARCOT AL POLO SUR. (De fotografías de M. Branger.)

El día 15 de este mes salió del puerto del Havre la expedición que dirigida por el doctor Charcot se propone explorar las regiones del polo antártico. Desde algunos días antes reinaba inusitado movimiento en el barco que, bautizado con el significativo nombre de *Pourquoi Pas? (¿Por qué no?)*, ha de conducir á los expedicionarios; las últimas operaciones de carga se efectuaban con una actividad y un orden extraordinarios y bajo la dirección inteligente de Charcot que, aleccionado por el viaje que hace algunos años emprendió en el buque *Français* á los mismos lugares que hoy se propone visitar de nuevo, ha adoptado todas las medidas y precauciones necesarias para el buen éxito de la expedición de ahora.

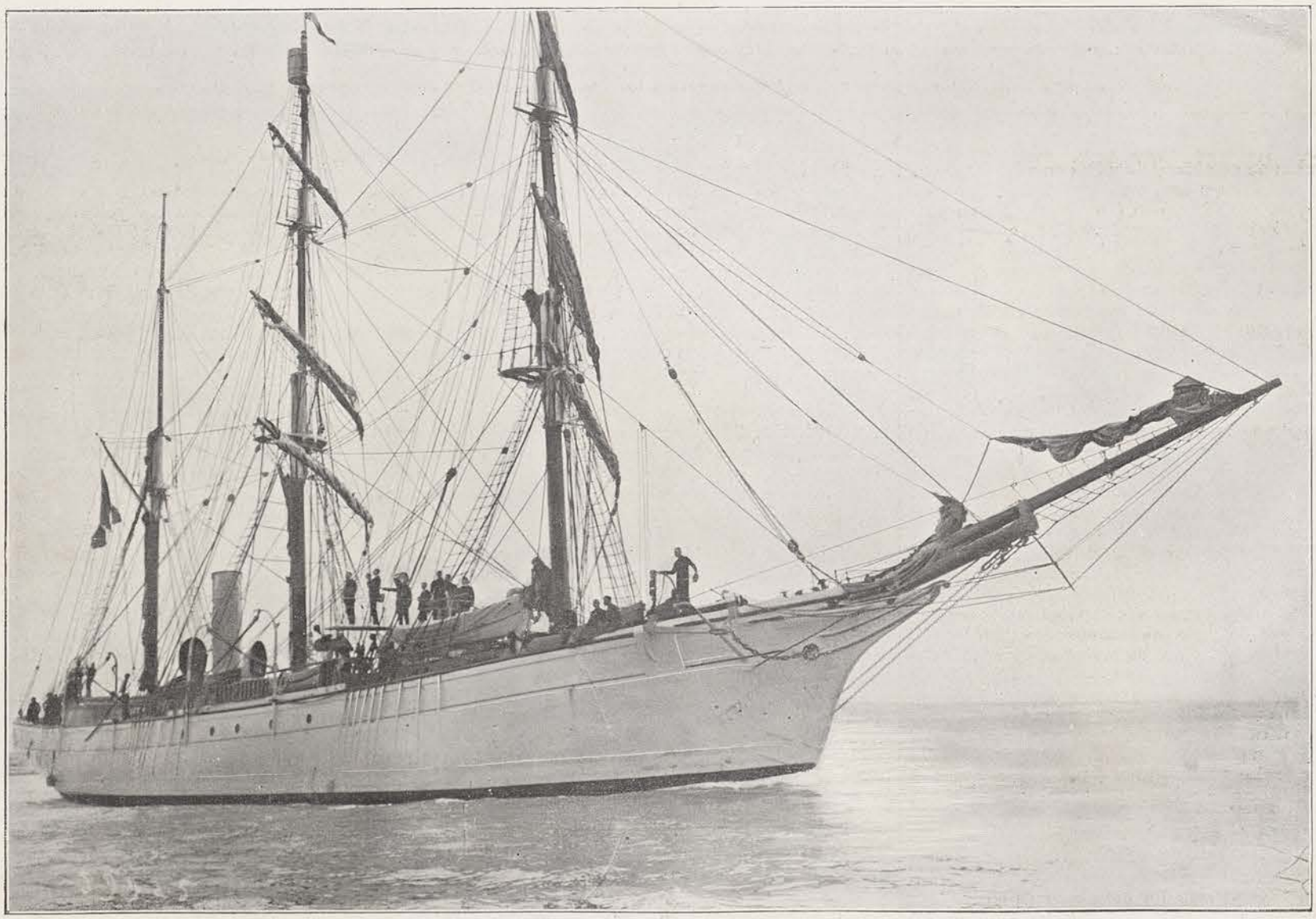
Todos los espacios del *Pourquoi Pas?* han sido aprovechados de una manera admirable, habiéndose reservado la mayor parte de ellos á los víveres, al carbón y al material científico; los expedicionarios no tienen, para ellos más que el sitio puramente indispensable.

El barco lleva víveres para dos años y para treinta hombres: doce mil kilogramos de carne en conserva, veinte mil litros de vino, cinco mil kilogramos de legumbres secas, seis mil de harina, seis mil de pescados secos, mil de frutas secas, y azúcar, sal, café y te en cantidades suficientes, además de una abundante provisión de galleta, pues aun cuando hay instalado á bordo un horno, no se fabricará pan sino en días extraordinarios.

El doctor Juan Charcot (×) y su estado mayor á bordo del «Pourquoi-Pas?»

Acompañan al doctor Charcot los Sres. Bougrain, Rouch, Godefroy, Liouville, Gourdon, Gain y otros sabios: Bougrain realizará estudios sobre el peso y la gravedad en las regiones antárticas para confirmar ó rectificar la exactitud de la forma que se atribuye á nuestro planeta, y sobre los movimientos sísmicos; el meteorólogo Rouch intentará comprobar las nuevas hipótesis sobre la circulación atmosférica; Godefroy estudiará la química de la atmósfera y determinará la cantidad de ácido carbónico que contiene el aire de las regiones polares, y Liouville, Gourdon y Gain explorarán y clasificarán la fauna submarina.

Todos ellos van animados del mayor entusiasmo, no siendo menor el que siente la tripulación, compuesta de veinte hombres escogidos entre los ciento cincuenta que voluntariamente se presentaron; y no se crea que esos bravos marineros acudieron atraídos por el cebo de una gran soldada, puesto que se les paga modestamente, sino que se ofrecieron movidos sólo por su espíritu aventurero. De los veinte tripulantes del *Pourquoi Pas?*, catorce habían acompañado ya al doctor Charcot en el *Français* y profesan gran afecto al intrépido sabio, que más que un jefe ha sido



El «Pourquoi-Pas?» á la salida del puerto del Havre

para ellos un compañero amable y jovial.

En la mañana del día 15 una multitud inmensa invadía el muelle junto al cual estaba anclado el *Pourquoi-Pas?*, y en la cubierta de éste multitud de amigos y representantes de sociedades científicas despedían á los expedicionarios. Entre ellos había el almirante Abnour, antiguo amigo de la familia Charcot; el comandante Peraygues, en representación del príncipe Alberto de Mónaco, que no pudo ir personalmente, pero que se interesa mucho por la expedición; el comandante Guidocora, delegado especial de la Sociedad de Geografía de Italia; el Sr. de Guerne, representante de la Sociedad de Geografía de París; el Sr. Brindeau, diputado por el Havre, y otras personalidades ilustres. Allí estaban también la esposa del doctor Charcot, que acompañará á su marido hasta Buenos Aires, y su hija Mónica, niña de ocho meses, en brazos de su nodriza.

El doctor Charcot no se daba punto de reposo despidiéndose de los suyos y de los amigos, enterándose de los telegramas que á docenas llegaban de todas partes haciendo votos por el éxito feliz de la expedición y dictando las últimas disposiciones para la salida del barco.

A las once y media retiráronse de bordo todos los visitantes, quitóse la palanca y pocos momentos después el *Pourquoi-Pas?* deslizábase á lo largo del muelle y entraba en el antepuerto. Un silencio profundo, religioso, reinaba en los malecones ocupados por millares de espectadores; ni un grito ni un aplauso interrumpieron aquella quietud. Fué un momento solemne; parecía que aquella multitud, conocedora de los caprichos del mar y presintiendo los peligros que esperan á los expedicionarios, no se atrevía á turbar con manifestaciones de júbilo ó de entusiasmo el recogimiento de aquella hora emocionante.

La esposa y la hija del doctor Charcot á bordo del «Pourquoi-Pas?»

Todavía se detuvo el barco unos minutos en el dique del Rey para que pudieran despedir al doctor Charcot algunos ilustres amigos, entre ellos el Sr. Daumer, protector decidido de la empresa, y otros que expresamente habían ido al Havre desde París y que no pudieron llegar antes á causa de un retraso del tren que los conducía.

Al fin partieron todos, habiendo sido los últimos en salir de bordo la hermana de Charcot y la pequeña Mónica, á la que su padre besó efusivamente.

Después, el *Pourquoi-Pas?* salió del antepuerto y con las velas plegadas hizo rumbo á alta mar.

En los muelles, millares de manos saludaban agitando los pañuelos. Desde la borda del buque, la señora de Charcot contemplaba aquel hermoso espectáculo; en el puente, rodeado de sus compañeros, el jefe de la expedición, inmóvil, con la cabeza descubierta, fijaba una última mirada en aquella tierra á la que sólo Dios sabe si volverá á ver.—T.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

ROB BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cia, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

Historia general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalistería, Glíptica, Indumentaria, Tejidos
Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesants texto, cuanto por su esmeradísima ilustración.—Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Clorosis, Anemia profunda, Malaria,
Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Affecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
FUMIGATION
MARCA DE FABRICA REGISTRADA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos,* la *Clorosis,* la *Anemia,* el *Apocamiento,* las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos,* los *Esputos* de *sangre,* los *Catarros,* la *Disenteria,* etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

EL CENTENARIO DE DAUMIER

En la pintoresca aldea de Valmondois, cerca de Pontoise, efectuáronse el día 9 del corriente varias fiestas para celebrar el centenario del natalicio del célebre caricaturista francés Honorato Daumier. Aunque éste nació en Marsella y pasó la mayor parte de su vida en París, retiróse en sus últimos años á Valmondois y allí falleció en 1879.

Gracias á las iniciativas de sus admiradores, erigióse en la plaza del pueblo un busto del satírico dibujante, y últimamente, en la fecha antes indicada, se ha inaugurado una lápida conmemorativa en la modesta casita en donde vivió y murió.

Las solemnidades del centenario han sido presididas por el subsecretario de Estado en las Bellas Artes Sr. Dujardin-Beaumetz, á quien acompañaban los señores Aimond y Berteaux, diputados; Poisson, senador; Autrand, prefecto del departamento, y Bescherelle, alcalde de la localidad. Uno de los principales actos celebrados ha sido la lectura, por la notable actriz de la Comedia Francesa señorita Bovy, de una hermosa composición en verso de Emilio Henriot. Del propio autor es un gracioso apropósito que representaron admirablemente los actores Amyot, del teatro Antoine, y Bee, del Odeón.

El Sr. Dujardin Beaumetz pronunció un breve y sentido discurso encomiando la obra de Daumier y felicitando á los que tan bien habían sabido honrar su memoria.

Valmondois (Francia). El centenario de Daumier
La señorita Bovy, de la Comedia Francesa, recitando una composición de Emilio Henriot junto al busto del célebre caricaturista. (De fotografía de Felipe Hutin.)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

SEMBLANZAS POLÍTICAS DEL SIGLO XIX, por *Alfredo Opisso*. – Comprende este libro las semblanzas de Espartero, Narváez, O'Donnell, Olózaga, Donoso Cortés, Pastor Díaz, Bravo Murillo, Dulce, los principales hombres del Bienio, Ríos Rosas, Posada Herrera, Rivero, Aparisi y Guijarro, Nocedal, los individuos del ministerio Miraflores, Calvo Asensio, González Bravo, Prim, Figueras, Manterola, Valera, Campoamor y Castelar. La colección de estos artículos constituye un cuadro completo de la historia política de España desde el establecimiento del sistema parlamentario hasta nuestros días, cuadro tan interesante por los hechos que lo forman, como ameno por el estilo en que están narrados. Editado en Barcelona por los Herederos de Juan Gili, véndese el libro á tres pesetas en rústica y á cuatro ricamente encuadernado en tela.

CRAPOTTE, novela de *Enrique Duvernois*. – Novela francesa, de costumbres parisienses, en la que el autor nos presenta ingeniosamente descritos los episodios de la vida de una mujer de mundo. Editado en París por Albin Michel, véndese el libro á 3'50 francos.

CANÇONER SELECTE. SCHUBERT. SERIE I. – Prosiguiendo la noble y desinteresada tarea que se ha impuesto de dar á conocer los *lieder* de los más grandes maestros, ha publicado D. Joaquín Pena, después del tomo de Beethoven, del que oportunamente nos ocupamos, el primero de Schubert, que contiene 25 canciones con acompañamiento de piano. Las poesías sobre las cuales estas canciones se escribieron, son de Goethe, Mayerhofer, Claudius, Szecheny, Schmidt de Lubeck, Werner y Hüttenbrenner, y han sido admirablemente traducidas al catalán y adaptadas perfectamente á la música por el Sr. Pena, á quien enviamos nuestro más entusiasta aplauso. Un tomo lujosamente impreso y encuadernado, con el retrato de Schubert. Precio, seis pesetas.

EL LIBRO DE LA ESPOSA. EL LIBRO DEL AMA DE CASA, por *P. Combes*, traducción de *María de Echarri*. – Los títulos de estos libros bastan para que se comprenda cuáles materias se tratan en ellos, y el nombre de su autor y la aprobación de la autoridad eclesiástica son la mejor garantía de la bondad de la doctrina que contienen. Aumenta el valor de ambas obras el estilo ameno en que están expuestos los consejos y las consideraciones en que el autor desarrolla su pensamiento. Dos tomos que forman parte de la «Biblioteca de la Mujer cristiana,» editada en Barcelona por los Herederos de Juan Gili. Precio de cada tomo, dos pesetas en rústica y tres encuadernado.

LA ESPUMA DE VENUS, por *Manuel Carretero*. – Colección de once bellísimos cuentos, originales de nuestro distinguido colaborador D. Manuel Carretero. Un tomo de 164 páginas; forma parte de la Biblioteca Diamante, que con tanto éxito publica el editor barcelonés D. Antonio López, y se vende á dos reales.

EN EL CEMENTERIO, monólogo por *Juan B. Tijerina*. – Composición en armoniosos versos endecasílabos libres. Un folleto de ocho páginas, impreso en los talleres de Moreno y C.ª, en Tampa.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN